

#4 (20)

REVISTA TEOLOGICA

RECEIVED

MAR 25 1974

CONCORDIA THEOLOGICAL SEMINARY
LIBRARY
SPRINGFIELD, ILLINOIS

CONTENIDO DE ESTE NUMERO:

La educación cristiana de adultos.....	1
La imagen del pastor en la historia eclesiástica	11
El santo misterio y la política	16
Las cuatro puntas del deber	23
Documentos históricos relacionados con la "ordenación"	31
Bosquejos para sermones.....	38

EL SANTO MINISTERIO Y LA POLITICA

En materia política existe, así en forma generalizada, la idea de que el santo ministerio debe ser absolutamente prescindente de todo lo que esté directa o indirectamente relacionado con la política.

El santo ministerio está en la iglesia y ha sido instituido por Dios, por Cristo mismo. Sería inconcebible la iglesia sin el santo ministerio, por la sencilla razón de que es el ministerio de la Palabra. Y sin la Palabra de Dios, sin la predicación del evangelio del reino de Dios, no habría iglesia, por lo menos no como la tenemos en el mundo con el nombre de cristiana, fundamentada en el precedente bíblico.

Escribe Lutero al respecto: "Puesto que la iglesia le debe a la Palabra de Dios su nacimiento, su mantención, protección y fuerza, es obvio que no puede estar sin la Palabra: si está sin ella, deja de ser iglesia." Además: "La iglesia debe su nacimiento a la Palabra de la promesa por la fe, y esa misma palabra es la que la alimenta y protege. Quiere decir que el elemento constituyente de la iglesia son las promesas de Dios. Pues la Palabra es algo incomparablemente más alto que la iglesia."

Traemos esto a colación para destacar la inohietable importancia que tiene la Palabra de Dios en el santo ministerio de la iglesia. El predicador que la enseña y anuncia, la predica, no habla en su propio nombre, sino en el nombre de Dios y de Cristo. Su oficio es de una autoridad y jerarquía que no admite paralelos. Escribe Lutero: "Todos los que traen la Palabra de Dios, los que son predicadores y ministros de la Palabra, son llamados mensajeros (o ángeles) de Dios... Es para un noble ser humano una gloria muy grande ser llamado un mensajero de Dios y compartir este nombre con los espíritus celestiales."

El santo ministerio implica servir con la Palabra de Dios y los santos sacramentos y las demás tareas que debe desempeñar el pastor en su oficio. Es ponerse al servicio de la congregación y del prójimo en general, predicando la Palabra para el fortalecimiento y el mantenimiento de la fe de sus feligreses, y tratando de ganar para la iglesia, para el reino de Dios, a los que todavía permanecen fuera de él.

Desde luego que cada cristiano, miembro laico, tiene su responsabilidad para con el santo ministerio, no solamente en el sentido económico, contribuyendo para que el ministro de la Palabra tenga un sueldo que le permita vivir decorosamente, que es eso precisamente lo que creen muchos que es su obligación principal, aparte de asistir a los cultos de su iglesia, sino que el miembro laico también es en cierto modo un ministro, que sirve con los dones que posee en las variadas actividades de la iglesia. Leemos en 1 Pedro 4,10: "Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios." Y Lutero escribe al respecto: "Todos los cristianos, y no sólo algunos, tienen rango espiritual, y todos son ministros, pero no todos tienen el llamado de ejercer la función pública del ministerio."

Pero estamos pisando ya el terreno del sacerdocio universal del cristiano, eso de que cada cristiano es un sacerdote en virtud de su bautismo y de su fe. Y no es ese el tema que estamos desarrollando, sino el del santo ministerio y la política, es decir, qué actitud pública y privada, en cuanto a la política, debe y puede asumir el hombre que ejerce la función pública del ministerio, es decir, el pastor. ¿Debe o no intervenir en política el pastor, el hombre que ejerce la función pública del ministerio? o si puede intervenir, ¿hasta qué punto puede hacerlo? No son preguntas fáciles de contestar. Hay países como Alemania y Estados Unidos de Norte América en donde la actuación del pastor en política no llama mayormente la atención. Por lo menos se lo considera dentro de los límites de lo normal, hasta cierto punto desde luego. Aquí en nuestro país tenemos el ejemplo de los sacerdotes del así llamado tercer mundo, que despliegan una intensa actividad política, cuando no son ellos mismos los que van al frente encabezando protestas de carácter gremial o político.

En los tiempos del Antiguo Testamento era algo completamente normal que el Estado político, el reino judío, tuviera estrecha vinculación con la iglesia. Para los judíos el rey era Dios, sin distinción de reino político o espiritual. El Salmo 95, 3-7 describe la relación de Dios con el mundo como la de un rey que gobierna sobre todos los otros dioses, la tierra,

las obras de la creación y sobre su propio pueblo. Lo que corresponde al hombre es adorarle, arrodillarse delante de él y rendirle homenaje. El reino judío era una teocracia en todo el sentido de la palabra, como lo demuestra claramente el período de los grandes reyes Saúl, David y Salomón, y el papel que desempeñaban los profetas, como por ej. el profeta Samuel en la época de los dos primeros reyes. Los profetas y los que ejercían cargos eclesiásticos intervenían activamente en la política del país. Eso tuvo su continuación en siglos posteriores y en los tiempos de Cristo, mientras estaban bajo el dominio de los romanos. Los dignatarios eclesiásticos, de cualquier extracción que hayan sido, se desvelaban por la restauración del reino teocrático, y lucharon a la par de cualquier habitante de su tierra para recuperar la libertad perdida. La mayoría halló, en el fragor de la lucha, la libertad de la muerte.

En el Nuevo Testamento cuando nuestro Señor Jesucristo dijo "mi reino no es de este mundo", Él definió la naturaleza y las características del reino que Él había venido a establecer. Cuando los judíos, después de haberles dado de comer a miles de ellos con cinco panes y dos pescados, quisieron obligar a Jesús a erigirse en rey, fracasaron en su intento. Su reino sería un reino completamente distinto a los reinos terrenales. Ambos reinos son instituciones divinas, el Reino de Dios en la tierra, o sea la iglesia, y el reino político, o sea el Estado. Y ambos tienen, cada uno por separado, su misión claramente especificada en la Escritura. La iglesia tiene la misión espiritual de predicar el evangelio, la Palabra de la reconciliación, para salvación de los pecadores. Desde luego que esa misión involucra todas las actividades afines al evangelio. Y el Estado tiene la misión temporal de velar por el cumplimiento de las leyes civiles, de mantener el orden y proteger la vida, la propiedad y los justos intereses del ciudadano.

La diferencia que existe entre ambos reinos es tan marcada, que la mezcla de los poderes de ambos es prácticamente inconcebible, principalmente en nuestra época en que las ideologías, tanto políticas como religiosas, son tan dispares y están tan divididas. Tanto en lo político como en lo religioso el sectarismo se ha generalizado tanto, que la confusión de poderes sería tremenda y con resultados catastró-

ficos para el país en cuestión. Desde luego que no decimos con eso que el estado y la iglesia deben estar en contraposición. Ni Cristo ni los apóstoles predicaron la rebelión contra las autoridades constituidas, o la abierta revolución, el derrocamiento por la fuerza de las armas de las autoridades legalmente constituidas, sino el acatamiento a las autoridades, quienes quiera que fueren, como ordenadas por Dios. Tampoco actualmente la iglesia debe ser revolucionaria, al extremo de influir en el derrocamiento de gobiernos, como se ha dado el caso más de una vez, velada o abiertamente.

Si bien es cierto que entre la iglesia y el estado debe existir una marcada línea de separación, no es menos cierto que la iglesia existe dentro del estado. Los cristianos viven subordinados a las autoridades estatales, gozan de su protección y deben prestarle la obediencia que el estado prescribe en sus leyes, siempre que éstas no se salgan de la órbita de lo que ordena Dios. Pero ellos no sólo viven como iglesia dentro del estado, profesando su fe cristiana en todos los órdenes de la vida, sino que también deben demostrar con su conducta y sus obras que no sólo son buenos cristianos, sino también buenos ciudadanos de su patria. Y no sólo pasivamente tratando de no infringir las leyes de su país, sino también activamente, tratando en lo posible, por todos los medios, de servir a su patria, de buscar con su capacidad y con los medios de que disponen el bienestar y el progreso de su patria, como les aconsejó Jeremías a los judíos cautivos de Babilonia: "Y procurad la paz de la ciudad a la cual os hice transportar, y rogad por ella a Jehová; porque en su paz tendréis vosotros paz."

En la actualidad hay políticamente en juego grandes intereses que afectan a todos los habitantes de un país en general. Debemos tener muy en cuenta que el futuro político y el bienestar social de los habitantes de un país dependen muchas veces de un grupo de individuos, de factores de poder que deciden a favor o en contra del futuro de la persona humana y hasta de toda una generación. De ahí que consideramos que la participación del cristiano laico en la actividad política de su país es a todas luces necesaria. Naturalmente que cada uno deberá medir su capacidad para actuar en política. (Hablamos del hombre común, no del político profesional). El cristiano, pues, no deberá ser un politiquero,

que por hacer política descuide su trabajo y su familia, en detrimento además de su fe cristiana, de su cristianismo como miembro de la iglesia, pero sí deberá, en la medida de su capacidad, colaborar con su granito de arena para que las decisiones que se tomen a nivel gubernamental sean para su beneficio, el de su familia y de toda la sociedad a la que pertenece. Desde luego que cada uno ha de decidir por sí mismo su activismo político, hasta qué punto debe llegar y hasta qué punto puede hacerlo sin que afecte la tranquilidad de su conciencia, su trabajo, su familia, sus amistades etc.

Y ahora vamos a la pregunta clave: ¿Cuál debe ser la participación del pastor? ¿Puede o no el pastor participar activamente en la política de su país? Dijimos ya que el pastor es el hombre que ejerce la función pública del santo ministerio. Hablamos ya de sus obligaciones en cuanto a la predicación de la Palabra de Dios, y del gran privilegio que ello implica para él. En ese aspecto él es, o por lo menos debería ser, una autoridad. Cuando él predica desde el púlpito las cosas sagradas de Dios, las verdades eternas de la Biblia, él lo está haciendo, en representación de Dios, y los feligreses así lo entienden, que él es la persona autorizada para hacerlo, y aceptan lo que él dice como la verdad revelada de Dios. Pero si él tratara desde el púlpito de expresar sus ideas políticas, posiblemente no se le daría mucha importancia a sus expresiones y opiniones, por la sencilla razón de que carece de la autoridad de un político profesional. Además se diría, y con razón, que el púlpito no es lugar para eso, y que está mezclando lo sagrado con lo profano, lo espiritual con lo político. De esta manera el santo ministerio, que él preside, caería en descrédito. En los países en donde eso es norma, el descrédito es evidente.

Con lo expuesto no queremos decir que el pastor debe abstenerse completamente de intervenir en política, de dar su opinión cuando las circunstancias lo requieran, de advertir la presencia de algún peligro que amenace la integridad de la fe del cristiano, de sus feligreses. Y hasta podrá hacerlo públicamente desde el púlpito, teniendo especial cuidado de que la información de que dispone sea fidedigna y provenga de fuentes autorizadas. Desde luego que sus expresiones deben estar supeditadas a la Palabra de Dios. O puede darse el caso de que el pastor se sienta obligado por su

conciencia a orientar a sus feligreses en algún momento político especialísimo por el que está atravesando su país. Hay, políticamente, en la vida de las naciones momentos de confusión y de desconcierto que afectan profundamente la vida emocional de los cristianos, y el pastor como orientador y consejero de sus feligreses, puede, siempre que se sienta capacitado para hacerlo, orientar y tranquilizar a sus feligreses. Hay textos bíblicos que se prestan muy bien para usar en la emergencia, por ej. el mencionado por el profeta Jeremías, o en donde se habla de que toda autoridad es establecida por Dios, de cualquier extracción política que procediera, o donde se nos recomienda orar por las autoridades para que vivamos quieta y reposadamente, como escribe San Pablo a Timoteo. No siempre criticar destructivamente y enlodar a las autoridades, sino orar por ellas para que puedan cumplir exitosamente su cometido.

Pero es, con toda seguridad, en el diario contacto verbal con sus feligreses que el pastor puede expresar su opinión en materia política. En el momento actual eso es algo que ya no se puede obviar. Inevitablemente surge el tema de la política. Y el pastor, si no es completamente apolítico, tiene generalmente su opinión formada en lo que a la política se refiere. Y el feligrés tiene la suya, que puede ser precisamente la opuesta. Y ahí es donde se debe proceder con cuidado y con la cautela necesaria. Se hará necesario no discutir de política tratando de salir con la suya, sino más bien de orientar y aconsejar hasta donde sea necesario, sin incurrir en ofensas. Se da el caso también de personas muy susceptibles o tercas en sus afirmaciones, o de ignorantes que no saben nada de política y que discuten simplemente para salir con la suya y defender su partido, al que están apegados por tradición. Con esa gente más vale no perder tiempo. Ellos están en otra cosa. Simplemente están en la ignorancia, y lo más aconsejable es que se los deje vegetar en ella. Nada se conseguirá, a no ser perder tiempo. Y el tiempo del que dispone un pastor, puede y debe usarlo con más eficacia en las tareas específicas de su oficio, que es el sagrado ministerio.

Como epílogo permítaseme decir algunas palabras sobre un personaje cuya breve existencia me ha impresionado hondamente. Se trata de Dietrich Bonhoeffer, un teólogo de ex-

cepcionales aptitudes, hijo de un médico y profesor de siquiatria. A los 21 años se doctoró en teología. Fue un luchador incansable contra las injusticias, un pionero del movimiento ecuménico, y para muchos millones de admiradores suyos, un mártir de su fe. Su vida luminosa por su ejemplo de consagración a Dios y de incansable actividad, se apagó a los 39 años. Junto con otros prominentes luchadores contra el régimen de Hitler, entre ellos su hermano y su cuñado, fue asesinado en la madrugada del 9 de abril de 1945 en el campo de concentración de Flossenbug en Alemania, su patria, cuando la guerra estaba a punto de terminar. Sus últimas palabras fueron: "Das ist das Ende — für mich der Beginn des Lebens." O sea: "Esto es el fin; para mí el comienzo de la vida." Llevaría mucho tiempo y espacio narrar la intensa actividad en el campo político y religioso que desplegó durante la última gran guerra desde dentro y fuera de su país. Su actitud él la justificó con las palabras: "Wenn ein Wahnsinniger mit dem Auto durch die Strasse rast, kann ich mich als Pastor nicht damit zufrieden geben, die Ueberfahrenen zu trösten oder zu beerdigen, sondern ich muss dazwischenspringen und ihn stoppen. Den Christen rufen nicht erst Erfahrungen am eigenen Leibe, sondern Erfahrungen am Leibe der Brüder, um derentwillen Christus gelitten hat, zur Tat und zum Mitleiden." O sea: "Si un demente se lanza con su coche a gran velocidad por la calle, como pastor no me puedo conformar con consolar a los que él embistió y dejó tendidos en el suelo o sepultarlos, sino que mi deber es salirle al paso y pararlo..." Por las circunstancias que le tocó vivir, por los sufrimientos de sus hermanos en Cristo, como él declara, de los que se compadeció y a los que ayudó, se sintió impulsado a desplegar una intensa actividad política. El precio que pagó fue su joven e inquieta vida. Juzguen ustedes si su ejemplo es o no aleccionador.

V. Dorsch

¿Sabía Ud. que la mayor parte de la humanidad vive en Asia? Se trata del 56% de la población mundial; más de la mitad de este 56% de la humanidad aún no tiene 21 años de edad. En 1980 el 80% de la población de Asia tendrá menos de 40 años. Más de 150 misioneros cristianos nacidos y educados en Asia trabajan fuera de su país natal en otras regiones de Asia.